

Restaurando el Cristianismo original—¡para hoy!

Iglesia de Dios Cristiana y Bíblica

P.O. Box 1442

Hollister, California 95024-1442

(831) 637-1875

laverdaddedios.org • truthofgod.org • churchathome.org
afaitfulversion.org • theoriginalbible restored.org

Fred R. Coulter

Ministro

16 de mayo de 2026

Queridos hermanos,

La Fiesta de Pentecostés está a la vuelta de la esquina, este año se celebrará el 24 de mayo. Como miembros del cuerpo de Cristo, esperamos esta Fiesta. Después de todo, no solo apunta a la primera resurrección—a nuestra transformación en seres espirituales inmortales al regreso de Jesús—sino que también representa la unión de Cristo con Su esposa, la Iglesia.

Teniendo esto en cuenta, debemos esforzarnos por aprender todo lo posible sobre este día tan importante.

El *Gran* Pentecostés que se avecina

Los días santos de Dios son componentes indispensables de Su plan maestro. Desde esa perspectiva, ninguna Fiesta es más importante que otra, pues cada una es vital para el todo. De hecho, ¿qué sería de nosotros sin ese punto de partida fundamental—la Pascua, que permite el perdón de los pecados y la reconciliación con Dios? Y la Fiesta de Panes sin Levadura, que enfatiza nuestro compromiso con el cambio y nuestra necesidad de luchar contra el pecado en nuestras vidas.

Para los cristianos, la Fiesta de Pentecostés es especial porque representa la *culminación de nuestro camino* hacia el Reino de Dios y nuestro matrimonio con Jesucristo. (Por supuesto, los días altos de otoño también tienen su importancia y significado, pero se refieren principalmente al fin de los tiempos y al establecimiento del Reino de Dios).

Así pues, Pentecostés—originalmente conocida como la “Fiesta de los primeros frutos”—es, en verdad, especial para el pueblo de Dios. Leemos en Apocalipsis 19: “**Alegrémonos y gritemos con gozo; y démosle gloria; porque el matrimonio del Cordero ha llegado, y Su esposa [la iglesia] se ha preparado a sí misma**” (verso 7). Este es un pasaje profundo—y tiene todo que ver con Pentecostés, el matrimonio de la Iglesia con Cristo en la primera resurrección.

Pentecostés en el Sinaí

Retrocedamos en el tiempo al viaje del antiguo Israel al monte Sinaí tras su liberación del cautiverio en Egipto. Desde que Israel salió de Egipto, cruzando el Mar Rojo el último día de Panes sin Levadura, llegaron al monte Sinaí en el tercer mes, unos 47 días después. Tenga en cuenta que, en ese momento, solo la Pascua y Panes sin Levadura habían sido prescritos para Israel. Todos los otros días santos no entrarían en efecto hasta que Israel hubiera “entrado en la tierra prometida” (vea Levítico 23:10-16; 25:2; etc.). Esto significa que, aunque Israel se acercó al Sinaí en la época que más tarde llamaríamos Pentecostés, desconocían la existencia de dicho día. En cierto modo, Israel “guardaba” Pentecostés sin siquiera saberlo—porque lo que

ocurrió en la antigüedad en el Sinaí era un *símbolo* de lo que sucederá entre Cristo y la Iglesia (la novia) en el regreso de Jesús.

El apóstol Pablo escribe que muchos de los eventos y enseñanzas del Antiguo Testamento deben servir como “ejemplo”—el griego significa *tipo* o *figura*—para los santos, sobre quienes ha llegado el fin de los tiempos (I Corintios 10:11). En otras palabras, el tipo *físico* suele apuntar a una *realidad espiritual superior*.

Como se muestra en Éxodo 19, al tercer mes de la salida de los israelitas de Egipto, acamparon al pie del monte Sinaí. Dios le ordenó a Moisés que los israelitas se santificaran “*hoy y mañana, y estuvieran preparados para el tercer día*”—pues Dios iba a descender para hablarles directamente ese día. En efecto, en la mañana del tercer día, Dios descendió y comenzó a revelarles los Diez Mandamientos (Éxodo 20).

¡Ese fue precisamente el día que más tarde se conocería como Pentecostés!

Días después, como vemos en Éxodo 24, se estableció un pacto entre Israel y Dios. De hecho, un *matrimonio* estaba teniendo lugar *entre el Dios de Israel y la nación*. Este matrimonio era un *símbolo* del futuro matrimonio entre Cristo y la Iglesia. Además, hubo algunos elementos interesantes en los acontecimientos que ocurrieron justo después de Pentecostés. Por ejemplo, Moisés y los principales hombres, junto con setenta ancianos, subieron a la montaña donde vieron un hermoso “mar de vidrio”. Note: “Y Moisés subió, y Aarón, Nadab, y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel. Y vieron al Dios de Israel. Y *había* bajo Sus pies como si fuera un trabajo pavimentado de piedra de zafiro, y como si fueran los cielos en claridad. Y sobre los nobles de los hijos de Israel Él no impuso Sus manos. También ellos vieron a Dios y comieron y bebieron” (Éxodo 24:9-11).

Este “mar de vidrio” podría ser un *símbolo* del “mar de vidrio” mencionado en Apocalipsis 15:2. (Más sobre esto más adelante).

Pentecostés en el Nuevo Testamento

Por lo general, Dios utiliza Sus Fiestas y Días santos como puntos de referencia para cumplir Su voluntad y propósito, a menudo con poderosos acontecimientos históricos—así como espirituales. Como hemos visto, Dios mismo reveló los Diez Mandamientos a los hijos de Israel en una impresionante demostración de poder y gloria **el Día de Pentecostés** (Éxodo 20:1-17). Para comenzar la era del Nuevo Testamento, Dios volvió a **usar el Día de Pentecostés** con una asombrosa demostración de poder al otorgar el Espíritu Santo a Su Iglesia.

El Día de Pentecostés, por la mañana, cuando los apóstoles y discípulos estaban reunidos en una sala del templo, Dios envió sobre ellos al Espíritu Santo en una singular manifestación de poder espiritual. “Y cuando el día *de Pentecostés*, el cincuentavo día, estaba siendo cumplido, todos ellos estaban de común acuerdo en el mismo lugar. Y de repente, vino desde el cielo un sonido como *el ímpetu* de un viento poderoso, y llenó la casa entera (1) donde estaban sentados. Y allí les aparecieron lenguas divididas como de fuego, y se sentaron sobre cada uno de ellos. Y todos ellos fueron llenos con *el* Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en otros idiomas como el Espíritu les daba *las palabras* para proclamar.

“Ahora, había *muchos* judíos, quienes estaban peregrinando en Jerusalén, hombres devotos de cada nación bajo el cielo. Y cuando la palabra de esto salió, la multitud se reunió y estaba confundida, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma.... Y estaban todos asombrados y grandemente perplejos, diciéndose el uno al otro: “¿Qué significa esto?”” (Hechos 2:1-6, 12).

Por el poder de Su Espíritu Santo, Dios hizo milagrosamente que los apóstoles hablaran simultáneamente en una multitud de idiomas. Miles de judíos y prosélitos de todo el mundo oyeron a los apóstoles predicar con gran fuerza el mensaje de Dios sobre la crucifixión y resurrección de Jesucristo—¡cada uno en su *propio* idioma!

Dado que Dios había puesto Su nombre y presencia en el templo de Jerusalén, también allí comenzó la Iglesia. Por eso envió al Espíritu Santo de esa manera en aquel día santo. Si hubiera ocurrido en cualquier otro lugar, nadie habría creído que se trataba de un acto de Dios. Sin embargo, la forma en que Dios derramó Su Espíritu—en presencia de *miles* de judíos y prosélitos reunidos en el templo observando Pentecostés—no dejó lugar a dudas de que se trataba de un poderoso acto de Dios. Era claramente Su intervención personal y divina—no obra de hombres. Esta asombrosa manifestación del poder de Dios también proveyó el sello espiritual de autoridad que confirmaba a los apóstoles como Sus testigos elegidos y llamados. En aquel momento, Pedro se puso de pie para predicar un mensaje impactante sobre la crucifixión y resurrección de Cristo. Tras condenar a su audiencia, los exhortó a arrepentirse ante Dios por los pecados que habían llevado a la muerte del Mesías: “Por tanto, toda *la casa de Israel sepa, con plena seguridad, que Dios ha hecho a este mismo Jesús, a Quien ustedes crucificaron, ambos Señor y Cristo.*” Ahora, después de oír *esto*, ellos fueron compungidos del corazón; y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: “Hombres y hermanos, ¿qué haremos?” Entonces Pedro les dijo: “**Arrepiéntanse, y sean bautizados cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para la remisión de pecados, y ustedes mismos recibirán el regalo del Espíritu Santo**” (Hechos 2:36-38). Como resultado, tres mil personas fueron bautizadas y se unieron a la Iglesia en aquel trascendental Día de Pentecostés del año 30 d.C., el día en que comenzó la verdadera Iglesia de Dios.

Pentecostés y la Primera Resurrección

También hay un profundo *significado profético*. Dios volverá a usar esta Fiesta para cumplir Su voluntad y propósito en la segunda venida de Jesús. Los cristianos son llamados “primeros frutos” espirituales (Santiago 1:18), y la cosecha de los primeros frutos espirituales se dará al final de esta era (Mateo 13:18-43; Apocalipsis 14:14-16). Esta cosecha espiritual, representada por Pentecostés, será la resurrección a vida eterna para todos los llamados y escogidos. Esta es la primera resurrección en el regreso de Jesús (I Corintios 15:20-23; Apocalipsis 20:6).

Pablo establece una comparación especial entre la entrega de los Diez Mandamientos en el Monte Sinaí y la reunión de los santos resucitados al encontrarse con Jesucristo. Enfatiza cuan más superior será este evento comparado con lo que experimentaron los hijos de Israel: “Porque no han venido *al monte [Sinaí] que podía ser tocado y que quemaba con fuego, ni a penumbra, y temible oscuridad, y el torbellino; y el sonido de la trompeta, y la voz de las palabras, las cuales aquellos que oyeron, rogaron que la palabra no fuera hablada directamente a ellos. (Porque no pudieron soportar lo que estaba siendo ordenado: “Y si incluso un animal toca la montaña, será apedreado, o atravesado con una flecha”; y tan espantosa fue la visión que Moisés dijo: “Estoy grandemente asustado y temblando”.)*”

“Sino han venido al Monte Sión, y a *la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial; y a una innumerable compañía de ángeles; a la reunión festiva gozosa [la resurrección de Pentecostés]; y a la iglesia de los primogénitos [los primeros frutos de Dios], registrada en el libro de vida en el cielo; y a Dios, el Juez de todos; y a los espíritus de los justos que han sido perfeccionados; y a Jesús, el Mediador del Nuevo Pacto; y a la aspersión de la sangre de ratificación, proclamando cosas superiores que esas de Abel*” (Hebreos 12:18-24).

El significado profético de la trompeta tocada en Pentecostés es que representa la “última trompeta”—tocada en el momento de la resurrección de los santos. Jesús mismo lo predijo: “Pero inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol será oscurecido, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y los poderes de los cielos serán sacudidos. Y luego aparecerá la señal del Hijo de hombre en el cielo; y entonces todas las tribus de la tierra lamentarán, y verán al Hijo de hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y Él enviará a Sus ángeles con el gran sonido de una trompeta, y ellos reunirán a

Sus elegidos desde los cuatro vientos, desde un fin del cielo hasta *el otro*” (Mateo 24:29-31).

Pablo también declaró que la primera resurrección a vida eterna ocurriría en la *última trompeta*: “Y como hemos llevado la imagen de *aquel* hecho de polvo, también llevaremos la imagen de *Aquel* celestial. Ahora digo esto, hermanos, que *la carne y la sangre* no pueden heredar *el* reino de Dios, ni *la* corrupción hereda incorrupción. He aquí, les muestro un misterio: no todos dormiremos, sino *que todos seremos cambiados, en un instante, en el parpadeo de un ojo, a la última trompeta; porque la trompeta sonará, y los muertos serán levantados incorruptibles, y nosotros seremos cambiados.* Porque esto corruptible debe vestirse *de* incorruptibilidad, y esto mortal debe vestirse *de* inmortalidad. Ahora, cuando esto corruptible se haya vestido *de* incorruptibilidad, y esto mortal se haya vestido *de* inmortalidad, entonces sucederá el dicho que está escrito: “*La muerte es tragada en victoria*”” (I Corintios 15:49-54).

En su primera epístola a los Tesalonicenses, Pablo escribió que la primera resurrección tiene lugar al sonido de la *última trompeta*: “Pero no deseo que sean ignorantes, hermanos, concierne *a* aquellos que han dormido, *para* que no estén afligidos, incluso como otros, quienes no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó otra vez, exactamente en la misma forma también, aquellos que han dormido en Jesús, Dios traerá con Él. Porque esto les decimos por *la* Palabra del Señor, que quienes estemos vivos y permanezcamos hasta la venida del Señor, en ninguna manera precederemos *a* aquellos que han dormido. Porque, **el Señor mismo descenderá del cielo con un grito de mando, con la voz de un arcángel, y con la trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero;** luego nosotros, quienes estamos vivos y permanecemos, seremos **atrapados junto con ellos en las nubes, para la reunión con el Señor en el aire;** y así siempre estaremos con *el* Señor” (I Tesalonicenses 4:13-17).

El libro del Apocalipsis confirma que la *última trompeta* es la *séptima*—cuando tiene lugar la primera resurrección: “**Entonces el séptimo ángel tocó su trompeta;** y hubo grandes voces en el cielo diciendo: “Los reinos de este mundo han llegado a ser *los reinos* de nuestro Señor y Su Cristo, y Él reinará en los siglos de eternidad.” Y los veinticuatro ancianos, quienes se sientan delante de Dios sobre sus tronos, cayeron sobre sus caras y adoraron *a* Dios, diciendo: “Te damos gracias, Oh Señor Dios Todopoderoso, Quien es, y Quien era, y Quien *debe* venir; porque has tomado *para Ti mismo* Tu gran poder, y has reinado. Porque las naciones estaban furiosas, y Tu ira ha venido, y **el tiempo de los muertos para ser juzgados, y para dar la recompensa a Tus siervos los profetas, y a los santos, y a todos aquellos que temen Tu nombre, los pequeños y los grandes;** y para destruir *a* aquellos que destruyen la tierra.”” (Apocalipsis 11:15-18).

El gran mar de vidrio

En la primera resurrección—que tendrá lugar en Pentecostés—los ángeles llevarán a los santos a un gigantesco “mar de vidrio” en las nubes sobre Jerusalén para encontrarse con Cristo. “Y vi un **mar de vidrio** mezclado con fuego, y aquellos que habían obtenido la victoria sobre la bestia, y sobre su imagen, y sobre su marca, y sobre el número de su nombre, **de pie sobre el mar de vidrio,** teniendo *las* liras de Dios. Y estaban cantando la canción de Moisés, *el* siervo de Dios, y la canción del Cordero, diciendo: “Grandes y asombrosas *son* Tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos *son* Tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no Te temerá, Oh Señor, y glorificará Tu nombre? Porque solo *Tú eres* santo; y todas las naciones vendrán y adorarán delante de Ti, porque Tus juicios han sido revelados.”” (Apocalipsis 15:2-4).

¡Así comienza la **reunión festiva gozosa** de los santos! Empieza en el “mar de vidrio” en el cielo sobre Jerusalén—donde cualquiera en la tierra puede presenciarse. Luego, esta reunión de los santos resucitados—aún en el vasto “mar de vidrio”, se mueve a las mismas

puertas del Tercer Cielo. Allí se celebrará nuestra boda con Cristo, junto con la posterior cena de bodas, con Dios el Padre allí en las puertas. Finalmente, Cristo mismo conducirá a Su nueva esposa *al interior* del Tercer Cielo, llevándonos ante el Padre en Su glorioso trono.

Siete cosas sucederán en este “mar de vidrio” antes de que Cristo y los santos regresen a la tierra para establecer el Reino de Dios:

- 1) Los santos recibirán sus nuevos nombres (Apocalipsis 2:17).
- 2) A los santos se les dan sus recompensas (1 Corintios 3:8; Apocalipsis 11:18; 22:12; II Juan 8).
- 3) Los santos recibirán sus asignaciones como reyes o sacerdotes (Apocalipsis 20:6).
- 4) Se celebrará la boda del Cordero y Su esposa (Apocalipsis 19:6-8).
- 5) Se celebrará la cena de bodas (Apocalipsis 19:9; Mateo 22:1-13).
- 6) Los santos presenciarán las siete últimas plagas derramadas—la venganza de Dios (Apocalipsis 15:5-8; 16:1-21; Salmo 149:4-9).
- 7) Los santos serán reunidos en el ejército de Dios para luchar con Cristo y regresar para establecer el Reino de Dios en la tierra (Apocalipsis 19:11-21; Zacarías 14:1-9).

Así, la Palabra de Dios revela que, así como Dios *inició* la Iglesia en Pentecostés enviando al Espíritu Santo, completará *la cosecha* de Su Iglesia—los primeros frutos espirituales—en Pentecostés. En ese día, Dios resucitará de entre los muertos a todos los santos justos—desde Abel, el primer mártir, hasta los dos testigos, los últimos mártires. En la resurrección, todos serán transformados en un abrir y cerrar de ojos y recibirán cuerpos gloriosos e inmortales como hijos e hijas espirituales de Dios el Padre. “...estamos esperando *al Salvador, el Señor Jesucristo; Quien transformará nuestros cuerpos viles, para que puedan ser conformados a Su cuerpo glorioso, de acuerdo al trabajo interno de Su propio poder, por el cual Él es capaz de someter todas las cosas a Sí mismo*” (Filipenses 3:20-21). Como seres espirituales glorificados, brillarán como las estrellas del cielo (Daniel 12:1-3; Mateo 13:43).

Los santos compartirán la misma existencia eterna y gloria que Cristo: “El Espíritu mismo da testimonio conjuntamente con nuestro propio espíritu, *testificando* que somos hijos de Dios. Entonces, si *somos* hijos, *somos* también herederos—verdaderamente, **herederos de Dios y coherederos con Cristo**—si ciertamente sufrimos junto con Él, para poder también ser glorificados junto con Él” (Romanos 8:16-17). Finalmente, Juan escribe: “¡He aquí! ¡Qué glorioso amor nos ha dado el Padre, que deberíamos ser llamados los hijos de Dios!... sabemos que cuando Él sea manifestado, seremos como Él, porque lo veremos exactamente como Él es” (I Juan 3:1-2).

¡Todo esto es representado por la maravillosa Fiesta de Pentecostés!

A pesar de vivir tiempos difíciles, debemos permanecer siempre cerca de Dios mediante la oración y el estudio de la Biblia—y ser guiados por el Espíritu Santo. Esta es la única forma de seguir venciendo nuestra naturaleza humana y resistir las tentaciones del mundo y de Satanás. Sin importar las circunstancias, recuerde: **¡Dios el Padre y Jesucristo lo aman!** Tiene la promesa personal de Jesús de estar siempre con usted. “...porque Él ha dicho: **“En ninguna forma los dejaré jamás; no—nunca los abandonaré en ninguna forma.”** Así entonces, digamos valientemente: **“El Señor es mi ayudante, y no temeré, ¿qué puede hacerme el hombre?”**” (Hebreos 13:5-6).

Hermanos, los apreciamos y agradecemos sus oraciones constantes. Sin ellas, no podríamos lograr lo que Dios quiere que hagamos. Oramos por ustedes cada día, suplicando a Dios que los acompañe, los sane y los bendiga en todo. Y como siempre, apreciamos grandemente su apoyo incondicional a través de sus diezmos y ofrendas.

Con amor en Cristo Jesús,

Fred R. Coulter

FRC